

Héctor Miguel Ángeli

*Frutas
sobre la mesa*

Ediciones
El Mono Armado

Héctor Miguel Ángeli

*Frutas
sobre la mesa*

Ediciones
El Mono Armado

Frutas

sobre la mesa

Héctor Miguel Ángeli

Frutas
sobre la mesa

2007 - Héctor Miguel Ángeli

Diseño interior: Rubén E. Iglesias

Ángeli, Héctor Miguel

Frutas sobre la mesa - 1ª ed. - Buenos Aires:

I.S.B.N.: 978-987-1321-09-4

Realizado con el apoyo del:

FONDO METROPOLITANO DE FOMENTO

DE LA CULTURA LAS ARTES Y LAS CIENCIAS

GCBA.



I

LA PERLA

Como una perla incinerada
en el campo del gusto,
abyecta de ilusión,
no masacrada,
sino disuelta
con sus frágiles cenizas,
así
mi último día en la noche
se atreve a reflejarme,
así,
como una perla marchita
en el océano
devorada después,
pero espléndida antes,
antes, mucho antes
de brindarme vida.

CUANDO LLEGAS

Estás en la levedad,
tan apenas y a lo sumo
en tu pétalo de aire,
en tu augurio de pequeña sombra.
Brízna podrías ser
-o no, demasiado-
ceniza tal vez,
pero nunca cinturón de acero,
porque hablo ahora de tu llegada
y no de tu partida,
hablo tan sólo
de cuando llegas sigilosamente
y en la bruma
-y ni siquiera todavía en la bruma-
preparas
la maleza del recuerdo y del olvido.

LA VISITA

Quién es usted? Quién es usted?
Sin duda un intruso en mi delirio.
Le donaré tres favores:
el ámbito de guerra,
la idea original
y el prestigio de la forma.
No me diga después que no sabía.
Si se queda,
descubrirá
que el último minuto es un garfio.
Y el primero?
¡Ah, el primero ya pasó...
y olía a jazmines.

LA PAUSA

Quédate, quédate así,
sobre la playa
pero en el sueño...
Un leve movimiento
y las velas de los navíos
pueden asustarse
y retroceder hasta la zona oscura.
Quédate así,
en el ajustado lecho de un poco de dicha.
Las arenas también sueñan
esa distancia que siempre te devora.
Puede crecer el rumor de la brisa,
las olas pueden incendiarse
tras la demencia del follaje.
Gente puede llegar. Es el verano.
Pero nada debe turbarte.
Quédate así,
en el seno del fulgor,
como quien ha caminado mucho
y se acerca a un descanso misterioso.

FRUTAS SOBRE LA MESA

Sube el color de las ciruelas
cuando el durazno se agiganta.
Un hachazo de luz parte una manzana.
(Falta la bujía de un limón)

Las deliciosas frutas sobre la mesa
están dispuestas
a ser probadas, comidas, devoradas,
gustadas en un momento abierto.
Extiendo mi brazo como una garra
sobre ese paraíso de fácil oferta.

Todo es cordial
y sin embargo huye una constelación
cuando mi mano se acerca a la rapiña.
Es dulce el sabor de lo que llega
o amarga destrucción el apetito.
Las frutas son naturaleza viva.
(Sus jugosos consejos
me dicen que retire la mano
y espere todavía).

LA BRISA

¿Y el nogal, el roble,
los abnegados pinos...
y el tilo de la entrada
y la sensual magnolia
y el querido abuelo, el viejo fresno?
Todos han caído.
Esta es, acaso, la misma brisa
que los reanimaba.
Y es la brisa
que en las terrazas de las tardes
solía acompañarnos.
¿Pero es la misma brisa
o es tu última voz
que aún me quiere decir algo?

SEÑORA CON LOS OJOS DORMIDOS

Señora con la cabeza inclinada
y más allá con los ojos dormidos,
blanca señora,
blanca en la sombra invisible del cielo.
Señora ya demasiado niña
y demasiado anciana,
furtiva como un lirio,
tenaz como un roble.
De cerca visión,
a lo lejos música en las manos.
Señora con el cuerpo
 sin tregua acostado
sobre todos los recuerdos.
Niebla en el espejo,
luz como acero en el candor de los cuartos,
elevación y ancla,
 aroma...
Señora en el umbral del frío
cuando la casa del momento cierra.
Señora, madre mía,
la que muere y nace
en el regazo de las dulces tardes.

FRENTE AL GRAN RÍO

A Silvia y José Luis, en Posadas

Oh, meditación del agua!
Oh, sitio de la altura!
Así empezaría un poema pretencioso
pero no,
es apenas la llovizna que languidece
sobre la ciudad fgoza.
Desde el alto balcón de mis amigos
el gran río
ni siquiera parece suspirar.
Sólo es una revelación del aire,
un camino brillante de cenizas.
Las nubes brotan del río
y sobre el río
piensan como nosotros pensamos,
sin tregua y sin límites.
Son las nubes
de la libertad y de la tristeza
que zarpan de todos nuestros días
y nos obligan a ser mortales.
En este otoño de las despedidas

creo que nunca cometí maldad alguna.
Por eso pienso, como piensan
las nubes lejanas y fugaces,
que estoy entre los fracasados.

OTRA VEZ EL SOL

El sol es una venda suave,
muy dorada al principio,
cuando toca
los grandes parques exquisitos.
Luego sigue por un río de arena
que no alcanzo a comprender
porque está
en mi vereda, en mi cuarto, en mi cocina
y lo detengo y me llama,
y me lastima y vuelve
y luego sigue
hasta la sucia placita de los descalzos
y allí también me llama y vuelve,
pero entonces
esa venda suave es de color ceniza.

A ORILLAS DEL FUEGO

I

Busco la palabra negra
que dejé
en los entretelones de tu oreja
cuando te amé sin límites.
No pudo haberse quebrado
en la explosión volcada por la fiebre.
Tampoco pudo deslizarse
hasta la mimosa almohada.
No la devoró el alba.
¿Dónde está entonces esa pasajera oscura?
Busco la palabra que no ha sido oída.

II

Inclinado sobre el abismo
que recorre tu cuerpo
observo allí
las ventajas del fondo.

III

Tibias como el vapor del estiércol
mis palabras sobre el amor
suben hasta tu pecho
y resucitan la cansada penumbra
donde creí, una vez,
a orillas del fuego.

Pero tu pecho ahora late
y no es
mi último pensamiento.

EL PAN Y LA MADERA

A María Julieta

No pongas el mantel, niña.
Deja la mesa al desnudo.
Deja también el pan al desnudo.
Que se vean juntos
el pan y la madera.
El calor y la dicha
nacieron de esa cita.
Mi padre llevó las horas.
Mi madre llevó un cesto
trenzado con el cielo.
¡Cuántas veces el sol
entró con ellos!

No pongas el mantel, niña.
Ahor no, después sí,
cuando se duerma esta ráfaga
de retratos todavía dorados.
Mi padre se acercó al desvelo.
Mi madre se acercó a una fuente

con ángeles custodios.
Si hay fantasmas en las sillas
son espejos del silencio,
del silencio y nada más.
Pronto legará el momento
de iluminar la comida.

No pongas el mantel.
Deja caer la ilusión
sobre el pan y la madera.

“UNA SOMBRA YA PRONTO SERÁS”, *tango*

Amargado, vos, amargado...
sí, vos, que como Baldomero Fernández
soñaste alguna vez que tan sólo dos versos
podían salvarte de la muerte,
vos, ahora, el que vive de su mitad,
no sabés escribir un verso
por lo menos cursi
para cubrir las apariencias,
ni tampoco un testimonio fiel
de tu ilusión gastada,
de tu tiempo perdido,
del horror de tu giba de plata.
Has quemado amores
en único gran amor
que ni siquiera te recuerda
y ahora escribís estas líneas
que sabés no son poesía,
apenas son palabras corrompidas
en la difícil sucesión,
difícil y oscura como el mar flotante del desvelo.
Allí te encontrás, aunque sin reconocerte.
Es una foto mal sacada de la fiesta,
muy distinta pero igual
a la que sacó la sonámbula de las aguas grises

cuando vio el resplandor de tus ojos
y dijo:

“en el camino (en el caminito)
una sombra ya pronto serás”.

TÉRMINOS

Degustar no es igual a disgustar.

Según sea,

uno hincha el vientre del arzobispo

y el otro

asume la responsabilidad de la historia.

POR LA CALLECITA

En la callecita del aire fresco
él está sentado
leyendo el diario
bajo una paz que sin duda
las páginas contradicen.
Muy cerca
asoma
el crepúsculo en el mar.
Por la callecita
nosotros pasamos
sin aligerar la brisa.
Pasamos
y el manso lector levanta la cabeza
y nos mira
sin advertir claramente
que salimos de la cápsula del diario.

ESOS HILITOS DE HIERBA

a Norberto Barleand

Esos hilitos de hierba
trepados al metal oscuro de las cortinas
son el collar que los pájaros
dejaron en un día de sol.
Vistos desde el túnel de la calle
donde la mugre y la miseria
juegan al gallo ciego
se parecen a los mejores deseos.
Mi ilusión se arriesga a confirmar
que todos los suburbios van al cielo,
inflados por el asma y la paciencia.
Por favor, no me quiten el consuelo
de la única rima en el poema.
La infamia ya devora
el vértigo sutil de las raíces,
pero esos hilitos de hierba
viven todavía.
Puedo agregar
que no son vanas las minucias del desamparo.

EL JARDÍN DE LA VILLA

Este jardín tiene flores,
pero no tiene alondras.

Gotea una canilla,
pero no canta una fuente.

Por allí anda un sapo,
pero no navega un cisne.

Asoma un enano de yeso,
pero no luce una venus de mármol.

De noche, brilla una bombita
pero no un farol francés.

Este jardín no es un lugar aparte.
Pertenece al gran mundo del pobre.
Todos lo vemos un poco,
pero muy poco.

A UNA OVEJA

*(Dorotea está sentada en cuclillas
frente a una oveja en la gran sala
de la estancia)*

“Enrulada meretríz de los rebaños,
te miro y no lo puedo creer:
hace más de tres horas que estás frente a mí
sin moverte.
Sólo la inocente luz del día
desvió apenas la intención de tus pupilas.
Tu restante presencia se mantiene rígida
como la cruz en la tumba de mi amo y señor.
Yo era antes como tú,
una oveja final entre los verdes prados.
Ahora que estoy sola en el vientre del corral
siento que de algún modo debo nacer.
De mi pasado recuerdo
las nubes sobre el río en las mañanas claras
y también los pesados racimos de la noche
en la cama revuelta.
Son recuerdos que no se golpean.
Ambos acrecientan el azar de una tarde.

Yo, D-oro-y-tea por dentro
soy Dorotea por fuera.
Es lo que nunca entendió mi dueño y amante.
Oh, mullida cuadrúpeda,
cuánto envidio tu ignorancia.
Quizá por eso no te mueves.
Los ilustres revoques de esta sala
disimulan una larga muralla
que me atrae y me rechaza.
Debo nacer de un embarazo enfermo.
Tengo aquí un infeliz cuchillo
que nunca supe como utilizar.
Si te matara nos moveríamos las dos”.

UN CAMPO DE SOLITARIOS

Hay cosas que se pueden ver
y otras que no
desde un campo lleno de solitarios.
Se puede ver
el peso trillado de la piedra
sobre la cornisa
pero nunca
porque ya sería demasiado
el peso del invierno
sobre los alambres de púa.

EL NEGRO DE LAS ROCAS

Un negro habita entre las rocas
que disuelven la incertidumbre del mar.
Desde allí, contempla la fiesta de los otros.
Más allá de un suave corazón
tiene en las manos el sexo del mundo.
Con ese demonio
podría ganar todos los salones.
Pero el negro entiende su libertad.
Prefiere salir de su codo de piedra
cuando las nubes dibujan la tarde
para comprar con una limosna
un sucio plato de arroz.

MANO EN EL PAISAJE

La mano desolada de un hombre
sobre un árbol
puede todavía crecer,
sobre una parva
puede todavía sonreír
a los maniáticos insectos,
sobre la perpetua llanura
esa mano
ya se cierra en un puño desafiante
y ya no es mano.
Es una rata herida
cansada de andar y andar
entre sitio y fecha
sin descubrir morada alguna.

LAS RELIQUIAS DE SAN ANTONIO

(en Padua)

Por una sucesión de nomeolvides
el tierno capellán de las reliquias
distribuyo su fosa,
de carne y hueso
como su propio e inclinado cuerpo.
Tanta identidad lo animó a verse
como un atolondrado pasajero
que en el centro del viaje, sin quererlo,
quiebra el destino, tuerce la esperanza.
En las vitrinas
el dolor de servirse a sí mismo
puede más que el dolor.
Donde se exhibe el viaje
se exhibe también una certeza:
la fosa nunca quedará vacía.

REPORTAJE A UN CANTANTE DE ROCK

Todo le parece secundario,
pero como el padre contradice
nada le parece transparente.
Un designio oscuro
escribió su voz en los suburbios.
Pasó del tango al rock
como quien dispara contra el cielo
o viola a una mucama.
Es mejor soltar las estridencias
que aguantarse una triste melodía.
Un volcán aparece en la espesura.
Es una secesión indispensable
de espanto y crueldad
y de pelos excitantes, tan sagrados,
que desnudan el sexo en la cabeza
hasta inflamar las alas del aplauso.
¿Sangre o semen en el vidrio de la raza?
¡Oh, la interminable juventud!
Será siempre joven, siempre, siempre.
La distancia embellece.
Tal vez hay un renglón asustado en la novela negra.
Tal vez el volcán sea una almohada fría.
Se apagan las luces cuando más se encienden.
El amanecer es una sobredosis.

UNA CIUDAD, UN VIAJE

Todos los que presienten,
todos los que esperan,
todos los que recuerdan el mar
llegan a esta ciudad.
Todos llegan para ver el mar
pero aquí no hay mar.
Olas hay,
pero sin mar.
Son olas de ciudad,
encrespadas
en la exhuberancia,
encrespadas
en las luces vulgares
del día y de la noche,
esas luces que no iluminan nada.
Haré como un amigo,
que en una guitarra sola
sobre el viento
buscó la música.
Allí canta la primera playa
y la última se mece quedamente
y la ciudad por todos recibida
es una sutil coronación.
Allí, donde la ciudad y ese otro mar

extienden la incertidumbre
tendré que dejar mis pasos.
Bárbara es la despedida
cuando está domesticado el viaje.

JUICIO ORAL

Vamos a ver:

estás aquí, sentado en un café
y escuchas las hermosas palabras
que te dicta tu inseparable compañera,
esa Poesía que nunca sabes
si es una puta o una santa
aunque no importa mucho
porque siempre es una mujer de noble corazón.

Analicemos:

las hermosas palabras no pueden ser reemplazadas.
Esto implicaría una infamia
cuando caen sobre las fotografías del mundo.

Por ejemplo:

la cabeza cortada de un adolescente
rodando en el asfalto.

Sin embargo, esas palabras no sirven
para detener al esbirro
que mañana cortará otra cabeza.

Ahora bien:

la palabra es siempre una desesperada
en el crepúsculo del desierto.

Pese a sus fulgores,
no puede resolver sin la idílica sombra.

Una prueba:

¡Pobrecitos los poetas!

Quieren ser útiles, salvar las armas,
luchar por todos contra el muro del vacío,
pero la belleza siempre los traiciona.

¡Oh, sí, pobrecitos!

Última instancia:

la Poesía renace en una guarida de alucinados.

Conclusión:

se te va la vida
en lo que no dices y en lo que no haces.
Te queda, muy pequeña, la muerte.

EL CANGREJO

En el acuario de Santos
vi a tu metálico pariente,
el cangrejo de la fábula del crimen.
Sin más te recordé.
El muy hipócrita
llevaba una capa de candor celeste
Cualquiera hubiera dicho
que su alma era una nube o un esmalte.
Pero abría sus tenaces mordeduras
como abrían los negros sus paraguas.
Sin más te recordé.
Fue en Santos, en un acuario alucinado.
Afuera, los negros sangraban de deseo.
Y el cangrejo pudo atarme
por debajo de los visitantes.

MUSGO Y LETARGO

Decía yo en algún aniversario de mi aparición:
la tierra no me cubrirá,
un pájaro siempre rasgará la trama del polvo,
el musgo no será letargo.

Decía yo pero hoy digo
que la tierra me cubrirá,
que un pájaro será asesinado antes de volar,
que el musgo será letargo.

¿Por qué he cambiado?

A quién
debo preguntar por la azarosa inconstancia?

Aquí estoy todavía,
como el mayor esfuerzo.

Se aceptan respuestas.



DATOS DEL AUTOR

Héctor Miguel Ángeli

Nace en Buenos Aires en 1930.

fue docente y guionista televisivo. Cursó estudios en la facultad de Filosofía y Letras. El 1962 fue becado por el gobierno de Italia para especializarse, en Roma, en el conocimiento de la literatura italiana. Ha traducido a importantes escritores italianos. En 1977 mereció el tercer premio municipal y en 1977-78 el Premio Bienal otorgado por la Fundación Argentina para la Poesía y la Faja de Honor de la SADE. En 1988 recibió una mención especial de la Secretaría de Cultura de la Nación y en 2005 el premio Esteban Echeverría que otorga Gente de Letras. Sus poemarios editados son: Voces del primer reloj (1948), Los techos (1959), Manchas (1964), Las burlas (1966), Nueve tangos (1974), La giba de plata (1977), Para armar una mañana (1988) y Matar a un hombre (1991). En 1999, bajo el título La gran divagación, reunió su obra poética. En 2004 publicó la antología poética Animales en verso y en 2007, Frutas sobre la mesa, con el que obtuvo el Primer Premio Municipal.

* Recibió las siguientes distinciones:

-En 2005, Premio Esteban Echeverría, de Gente de Letras.

-En 2010, Gran Premio de Honor de la Fundación Argentina Para la Poesía.

-Premio Trienal de Poesía de la Academia Argentina de Letras.

-En 2011, Primer Premio Municipal de Poesía.

Epub Validado: <http://validator.idpf.org/>

EPUB Validator (beta)

Results

Detected version: EPUB 2.0

Results: Congratulations! No problems were found in
Frutas_sobre_la_mesa_Hector_Miguel_Angeli.epub.

